



Ingvild H. Rishøi

La puerta de las estrellas

Traducción del noruego
de Lotte Katrine Tollefsen



Galaxia Gutenberg

INGVILD H. RISHØI

La puerta de las estrellas

Traducción del noruego
de Lotte Katrine Tollefsen

Galaxia Gutenberg



Esta traducción ha recibido una ayuda de NORLA

Título de la edición original: *Stargate. En julefortelling*
Traducción del noruego: Lotte Katrine Tollefsen

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2022

© Gyldendal Norsk Forlag AS, 2021
Publicado según acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
© de la traducción: Lotte Katrine Tollefsen, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12709-2022
ISBN: 978-84-19075-63-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A veces pienso en Tøyen. Entonces veo el barrio con total claridad.

La gente carga con bolsas del Día y empuja cochecitos de bebé por la nieve, los niños corren al colegio con las mochilas rebotando en la espalda y en el recreo de media mañana el conserje fuma apoyado en el portón de la entrada. Después se fundirá la nieve y los árboles de Navidad quedarán ahí tirados y marchitos frente a las torres de pisos, las praderas se colorearán de verde y se llenarán de dientes de león y así seguimos, la gente camina erguida, va haciendo eses y vuelve a eruirse, nacen bebés y mueren ancianos y en el recreo el conserje se apoya en el portón y exhala el humo hacia el cielo.

Es entonces cuando piensa en mí. Él se daba cuenta de todo, ahora me doy cuenta yo. Mira por encima de los tejados y lo recuerda todo.

–¿Tú por aquí? –dijo el conserje.

Se puso delante del portón del muro del patio y sacó el paquete de tabaco del bolsillo. Yo estaba donde siempre, y contesté lo de siempre.

–Sí –respondí.

–¿Sabes que está prohibido? –dijo el conserje.

Entonces contesté lo que papá me había enseñado.

–Las normas están para incumplirlas –dije.

Nevaba un poco. A nuestra espalda alguien gritó: *Pito, pito, gorgorito, ¿dónde vas tú tan bonito? A la era verdadera. Pim, pam, ¡fuera!*

El conserje se agachó y consiguió encender el cigarrillo. Después rematamos nuestra conversación.

–¿Sabes que está prohibido? –dije.

–Las normas están para incumplirlas –dijo él–. ¿Has vuelto a repartir toda tu comida?

Asentí. Porque la ardilla ya había estado por allí, la única ardilla de Tøyen, la más bonita, sabía cuál era la hora del recreo y acudía puntual. El conserje se colocó el cigarrillo entre los labios y sacó el bocadillo del bolsillo. Abrió el papel de plata, partió el börek en dos y me pasó la mitad. Echaba humo. Su mujer era buenísima envolviendo.

–Esto es *the circle of life* –dijo el conserje–. Tú le das a la ardilla, yo te doy a ti.

–¿Qué es *the circle of life*? –pregunté yo.

–Filosofía –dijo el conserje–. Aquí soy el de mantenimiento, ya sabes. Pero en mi tierra era un gran pensador.

Se giró y exhaló el humo para que no me diera en la cara.

–Eso es lo bueno de ser inmigrante –dijo–. Siempre puedes contar a lo que te dedicabas en tu país.

–Pero ¿mientes? –dije.

–Nunca. O, mejor dicho, en mi país era uno de los mejores mentirosos. Gané un concurso. El Campeonato Nacional de Trolas.

–Vaya –dije.

–Otra cosa –dijo–. ¿Has visto ese cartel de ahí?

–Señaló con el cigarrillo entre los dedos.

Se busca vendedor de árboles de Navidad. Has de ser: Cumplidor. Responsable. Te ha de gustar estar al aire libre.

Estaba pegado a una farola. Debajo colgaban papelitos con un número de teléfono.

–¿Qué tal eso? –dijo el conserje.

–Creo que a los diez años no te dan trabajo –dije.

–No estaba pensando en ti –repuso él.

Se acercó a la farola, arrancó un papelito, regresó y me lo puso en la mano.

–Enséñaselo a tu padre.

Los copos de nieve se derretían alrededor del papel.

–Y si solicita el puesto, que diga que va de parte de Alfred –dijo el conserje–. Es el que les reparate los árboles.

–Pero ¿es verdad? –dije yo.

–Verdad verdadera –dijo el conserje–. Yo conozco a Alfred, tú me conoces a mí y tu padre te conoce a ti. Es *the circle of life*.

Asentí con un movimiento de cabeza.

–Ya puestos –dijo el conserje–, mejor te lo llevas entero.

Se acercó de nuevo, soltó el papel del celo y enrolló el cartel.

-Aquí no está permitido colgar carteles -dijo.
-Pero ¿y si otra persona quiere ese trabajo?
-dije.

El conserje metió el rollo en el bolsillo de mi abrigo. Los copos de nieve caían sobre su gorro pequeño y ceñido.

-Exacto -dijo-. Estás ante un hombre de grandes ideas.

Cuando llegué a casa, papá estaba sentado a la mesa de la cocina. Levantó la vista, se tapó los ojos con la mano.

–¿Acaba de salir el sol? –dijo–. ¿Dónde están mis gafas de sol?

Sonrió. Yo también sonreí. Entonces se puso serio.

–Ven y siéntate aquí conmigo –dijo.

Se frotó la frente. Pero yo no soportaba la idea de que empezara otra vez con su letanía. *Esta no es vida para unas niñas*, dice en esos casos, *asfalto y toda esta mierda*, y luego dice *pero vosotras no tenéis un pelo de tontas, está claro, y también lo habéis pasado bien, os acordáis de ese verano en la tienda de campaña, ¿no? ¿Os acordáis de la cabaña esa de aquel invierno?* Y yo contesto que sí, que no y que sí. No soportaba la idea de que empezara otra vez, así que desenrollé el cartel y lo puse sobre la mesa.

-Vendedor de árboles de Navidad -dijo papá.
El cartel se enrolló. Lo desenrollé otra vez y lo sujeté. Él levantó la vista.

-Pero vendedor de árboles de Navidad -dijo-.
Ese es un trabajo para gente de pueblo, de Toten, Ronja.

-Siempre es mejor que nada -dije.

Entonces miró el cartel otra vez. De repente se puso de pie, se acercó a la encimera y cogió el hervidor de agua. Abrió el grifo y dijo:

-No tienes un pelo de tonta, nunca lo has tenido.

Llenó el hervidor. Me encanta que beba café. Y que vaya a buscar un pantalón de chándal y se lo ponga, que mire por la ventana y empiece a dar vueltas, me encanta. Me acuerdo de todos los trabajos que ha tenido. El de la panadería fue el mejor, le daban unos bollos de canela enormes para traer a casa y yo podía llevarlos al cole al día siguiente y los demás miraban mi fiambra y decían *shit*, y Musse decía *es que eres una suertuda, ¿me oyes?*, y Stella decía *¿sabes que están prohibidos los alimentos con azúcar?*, y Musse decía *relájate, Stella, en esta clase todo el mundo lleva bollos en la fiambra*. Pero el trabajo del supermercado también estaba bien, y cuando limpiaba los tranvías los demás decían *tu padre trabaja en el súper, ¿no?, dile que me haga descuento en el batido de*

Nesquick; tu padre limpia en el tranvía, ¿no?, pídele que no limpie los grafitis de mi hermano. El único que no me gustaba fue el de poeta, cuando escribía que el pensamiento es una anguila en una trampa y vendía los poemas delante del quiosco, eso no me gustaba, pero me encanta que el hervidor empiece a pitar y no necesito más, *soñáis demasiado*, solía decir Melissa, *si soñar fuera un trabajo, podríamos habernos mudado directamente al barrio pijo de Holmenkollen.*

El agua burbujeaba. Papá cogió el hervidor. Yo tenía la cabeza repleta de sueños. Porque sabía dónde estaba ese puesto de venta de árboles de Navidad y pensé que podría ir corriendo nada más acabar el colegio, que papá daría vueltas entre los árboles vestido con el jersey de lana gorda, y yo podría colocarme junto a la gasolinera y verle sonreír a los clientes y meter dinero en la cartera bien gorda. Luego le pagarían el sueldo y para Navidad podríamos regalarle a Melissa, no sé, algo que quisiera mucho, y papá lo podría comprar y llegar a casa y llamarme con la mano y susurrar *mira, esto sí que pega para una chica de dieciséis años, ¿no?* Pensé que papá también sería el encargado de llevar el árbol de Navidad al colegio. Sabía exactamente cómo sería ese momento, Meron se apoyaría en la ventana y gritaría ¡ya

traen el árbol de Navidad! ¡Traen el árbol de Navidad! Mirad, ¡si es el padre de Ronja! Y el profesor diría *sentaos, sentaos, no os levantéis*, pero todos correrían hacia la ventana, sí, todos van corriendo a la ventana y allí abajo vemos a la directora, camina por el patio al encuentro de papá. Cruza los brazos sobre el abrigo de punto. Luego señala el gimnasio. Su cinturón tejido se agita con el viento y papá sonrío con la sonrisa grande, papá tira del árbol para pasar por el portón, y toda la clase exclama *¡Guay!* Así fantaseo yo.

Papá, de pie, miraba por la ventana. Seguía nevando. Sostenía la taza a la altura del pecho. Nuestra cocina estaba muy vacía.

–Entonces, a lo mejor este año podríamos tener un árbol de Navidad –dije.

–¿Qué has dicho? –dijo papá.

–Si te haces vendedor de árboles –dije–. ¿Podríamos tener un árbol de Navidad?

–Por supuesto –dijo papá volviéndose hacia mí–. Tú, hija de bandolero. ¿No crees que a los empleados les harán descuento?

–Seguro –dije yo.

–¿O tal vez gratis? –dijo papá, y yo asentí, porque creía que sería así.

-Oye, hija de bandolero -solía decir papá-. Tú, mi bandolera y mi tesoro, mi pozo de petróleo.

Nos llamaba Estrella y Luna y Macarronja y Melaza. Nos llamaba Ronja hija de bandolero y Melissa luz de luna, entraba por la puerta y decía: *¿Dónde están mis hijas, Bandolera y Luz de luna?*

-Aquí -respondíamos nosotras-. Aquí comiendo unos Corn Flakes.